

Primer Premio Cuento Breve
Categoría Familiar (año 2001)
Autora: Juanita Verdesio
Seudónimo: "Crepúsculo"

El manso Virgilio

Cuando en el pueblo se corrió la voz de que el manso Virgilio, el discapacitado, poseía el don de tocar el arco iris, hice oídos sordos al rumor y me desentendí del asunto.

Pero cuando el número de crédulos creció hasta formar una legión, y llegaron a afirmar que lo habían visto columpiándose en la parte más alta del arco, yo en mi papel de sacerdote me sentí en la obligación de tomar cartas en el asunto.

Para entonces Virgilio había pasado a ser tema principal y se le empezaba a rendir culto y a consultar, aceptando a pie juntillas sus proféticas palabras.

Como pertenezco a la orden de los Jesuitas y poseo un espíritu crítico científico, analicé los hechos desde un punto de vista absolutamente pragmático.

Normalmente me levanto a las seis, tomo un frugal desayuno y estudio durante varias horas. Luego cumplo con mis tareas teologales que me insumen el resto del día. Con una agenda tan completa debí robar horas al sueño para estudiar las causas del inusitado fenómeno que se había producido y la consecuente alteración de la vida de la comunidad.

En primer lugar planteé premisas y extraje de ellas posibles conclusiones. Planteo A me dije: En épocas de crisis –tal la que estábamos pasando– el imaginario colectivo se aferra a ilusiones como forma de evadir la realidad. Planteo B: En la historia de la humanidad se han presentado casos –nunca probados– de personas con poderes extrasensoriales que les permiten ac-

ceder a lo inaccesible para el común de la gente. Planteo C: El manso Virgilio no era tan tonto como parecía, ergo inventó esa patraña para destacarse y ganarse la admiración de los demás. Planteo D: Por razones de contaminación ambiental –caso anterior de plombemia– la intoxicación provocaría delirio en los afectados.

Esta última posición, para mí la más convincente, me llevó a hablar con un asesor del Ministro de Vivienda y Medio Ambiente para lograr que se hiciera un estudio de la zona ante posible presencia de metales contaminantes. En cuestión de días un equipo de investigadores tomó muestras del terreno en distintas áreas, llegando a la conclusión de que vivíamos en condiciones más que saludables y que no había señales de polución alarmantes.

Descartada esta posibilidad, tomé distancia de los hechos y traté de seguir ejerciendo mi magisterio como si nada ocurriera.

Pero otra era la situación cuando estaba en el confesionario. Muchos me referían sus

experiencias sobre el ya famoso Virgilio y el arco iris y la dicha que les embargaba al observarlo. Usted, me decía más de uno, debiera elevar los antecedentes al Vaticano para que lo beatifiquen cuando pase a mejor vida.

En aquel pueblo todo cambió desde entonces, podría decir que había un antes y un después de los acontecimientos relatados. La gente se veía feliz de compartir el supuesto milagro pero al mismo tiempo descuidaba sus deberes religiosos por aquello de que sabe padre, me olvido de rezar las oraciones y cumplir con mis deberes, no hago más que pensar en lo mágico de la situación que estamos viviendo. Además de sacerdote soy humano y viendo que mi prédica caía en el vacío, por momentos tuve ganas de largar todo, volver a España y retornar a mi antigua profesión de antropólogo.

Hoy por la mañana me despertaron los truenos que retumbaban haciendo vibrar los vidrios de la ventana.

Me levanté presuroso recordando que cuando la lluvia es intensa se cuele por la sacristía e inunda el bautisterio. Afirmé entonces bien todas las aberturas y quité las rejillas del piso para que escurriera mejor el agua. Durante media hora arreció la tormenta y luego la calma más absoluta. El sol se filtraba por las hendidias como queriendo darme los buenos días. Abrí de par en par la puerta principal de la Iglesia y su calor penetró a raudales.

Entonces observé en el cielo un enorme y perfecto arco iris. Me llamó la atención un extraño objeto suspendido de la parte más alta. Repentinamente desapareció y con él la porción del arco correspondiente.

Unas horas más tarde vino a buscarme el padre de Virgilio para que le acompañara y le diera la extremaunción a su hijo.

–Usted sabe –me dijo acongojado– con esa pasión que tiene por subirse al arco iris...



“Espejo en el Tolentini”. Dr. Yamandú Porras
(Mención-Premio SMU, categoría familiar)